

cómo el sufrimiento es el mejor educador (pag. 61), es camino de santificación (el «caballo más rápido para llegar a la santidad es el dolor», Maestro Eckard, pag. 63) y se convierte en la puerta real del cielo (p. 70).

El tercer capítulo (los enfermos nos evangelizan que del título al libro) explica como los enfermos son los evangelizadores de los sanos, porque nos ayudan a vivir y a recuperar los valores fundamentales del Evangelio: la gratuidad... El cuarto capítulo, recoge textos de interés de algunos santos referido a los enfermos. Como puede imaginarse el lector, se hace en forma de decálogo, escogiendo diez frases de doce santos (uno hubiese esperado que fuesen diez, pero qué más da).

De estos textos se desprende que los santos han tenido como anhelo constante y vehemente de su vida el sufrir por Cristo, que «se humilló» obedeciendo hasta la muerte y muerte de Cruz (Filip. 2, 8), convencidos de que nada les hace tan parecidos a Nuestro Señor como llevar su cruz.

El quinto capítulo recoge una catequesis para grupos cristianos y de Pastoral de la salud. Son unos esquemas muy sencillos tomados de un capellán hospitalario dirigidos a los grupos parroquiales de Pastoral de la salud; y, en general al voluntariado, para orientarle en ese campo; son unas consideraciones sobre aquellos temas que interesan a todos: sobre la salud, la enfermedad, dolor y sufrimiento, el enfermo, la humanización de la asistencia sanitaria, la muerte digna, etc. Dentro de su brevedad, están tratados de un modo, sencillo y claro. El sexto capítulo ofrece dos ejemplos de celebración litúrgica y algunas oraciones del enfermo y por el enfermo.

Se trata sin duda de un libro interesante y ciertamente puede ayudar mu-

cho a los enfermos y a los cuidadores de los enfermos. Lo mejor sin duda es el segundo capítulo que me parece la parte más trabajada y personal. Cabría en algún caso haber cuidado más el estilo literario, evitar la repetición de algunos textos y haber ensamblado mejor los temas, pero en todo caso, estamos ante un trabajo muy valioso para todos los que nos movemos en el mundo de la Pastoral de salud y por supuesto muy útil para los enfermos y sus acompañantes.

M. A. Monge

Baldomero JIMÉNEZ DUQUE, *Cara a cara con Dios*, Atenas, Madrid 1993, 143 pp., 12 x 18.

«Hemos pedido a don Baldomero que nos ponga «cara a cara con Dios» redactando un «breviario», un epítome de vida cristiana» (p. 10). Así presenta José María Javierre este pequeño volumen, que ciertamente ofrece la quintaesencia, en clave pastoral, de un largo magisterio en la espiritualidad científica y en la guía de almas.

Baldomero Jiménez Duque (1911) ha sido durante muchos años Rector del Seminario de Avila y estudioso insigne de la teoría e historia de la espiritualidad, de la vida sacerdotal, etc. El ha pensado, vivido y aconsejado repetidas veces lo que aquí nos regala: los rasgos de una vida cristiana transida del mensaje de su paisana Teresa y de su amigo Juan de la Cruz, sanamente tradicional y correctamente interpelada por los signos de los tiempos. En este sentido se nota cómo, con los años, el autor va centrándose ante el mismo mensaje de *Volver a lo esencial*, de *Encuentro con Dios* o aun de los *Estudios tere- sianos*, entre trantos otros. Sea enhora-

buena esta nueva presentación de una enseñanza tan equilibrada y saludable.

La obra nos involucra desde el principio, con esa «pregunta suprema», la primera (cap. 1): ¿cuál es el sentido de mi vida? De eso se va a tratar: de las necesidades espirituales del hombre (cap. 2 y 3), satisfechas en Jesucristo (4 y 5) y plasmadas en su programa, el de las bienaventuranzas (6). Este se consumó en la Cruz (7), y puede resumirse en una palabra: Amor (8) y alabanza de Dios (9) aun en la noche de la fe (10), sostenidos por la oración (11) y la Presencia de Dios (12 y 13). Los últimos capítulos están dedicados a las mediaciones —la eclesial (14), la mariana (15), la sacramental (16), con su cumbre eucarística (17), y la creatural (19)—, al obstáculo del pecado (18); y a la ascética (20) por conseguir las virtudes (21) necesarias a la misión (22); y a los distintos caminos espirituales (23) dentro de la común vocación a la santidad (24) hacia la consumación en el más allá (25).

El librito es lacónico. La brevedad de los capítulos —entre 4 y 8 pp., salvo el dedicado a la Virgen, que dobla esa extensión— no permite sino esbozar las líneas maestras. No se encontrarán aquí largos desarrollos, ni tampoco referencias bibliográficas, aunque todo lo que se dice podría justificarse en publicaciones anteriores del propio autor: se encierra mucho estudio y experiencia detrás de cada palabra. Para el no iniciado en el abundantísimo magisterio del autor, alguna expresión resulta más bien críptica. Pero normalmente ese laconismo es sugerente y penetrante. En su simplicidad, se advierte el aroma de la sabiduría. Por ello resulta una obra de síntesis muy autorizada, que puede servir para revisar planteamientos, esquemas, para confrontar la personal síntesis que, de manera más o menos refleja, todo cristiano culto debe hacerse acerca de la vida espiritual.

J. L. Hervás